

JACULATORIAS. — Salvad, mi Dios, á este humilde siervo vuestro, que espera únicamente en vuestra misericordia. (*Ps. 85.*)
 ¡Qué estrecho es el camino que guía á la vida eterna, y qué pocos son los que dan con él! (*Matth. 7.*)

PROPOSITOS.

Parece cierto que serán pocos los que se salvan respecto de la espantosa multitud de los cristianos que se condenan. Pero aunque el número de los primeros fuese mucho mas pequeño de lo que es, es menester, cueste lo que costare, hacer todo lo posible para ser de ese número. Para este fin toma una fuerte resolucion de aplicar todos tus talentos, toda tu industria, y de no perdonar á medio alguno para salir con un negocio de tan grande consecuencia. El camino que guía á la vida es estrecho. Clame, grite lo que quisiere el amor propio y las pasiones: ello es que no hay dos caminos para la vida. Desde este punto has de resolvete á hacer todos los esfuerzos imaginables para entrar por la puerta estrecha. Huye de todo director, de todo confesor de manga ancha, porque son muy malas guías. El camino es estrecho, es áspero, es dificultoso, y mas cuando se ha de trepar por él cargado con una pesada cruz; pero es único, no hay otro en que escoger. Ni Cristo nos enseñó otro, ni fué por otro Santo alguno, alma alguna de los que se salvaron. ¿Has tenido tú la dicha de encontrar acaso otro camino? El es poco frecuentado: no vayas por donde va la muchedumbre, porque el ruido que hay, y el polvo que se levanta, impiden ver los precipicios. Huye del gran mundo: mira con horror sus máximas, especialmente aquella, que dice, que es menester vivir, y hacer lo que hacen todos. No aparezcas jamás en los espectáculos, ni en el baile, y evita cuanto puedas todas las diversiones, todas las concurrencias mundanas. Imponete una ley, haz como punto y empeño de agregarte al corto número de aquellas almas devotas, humildes, fervorosas, cuyo gusto es cumplir con sus obligaciones, cuya diversion es estarse en su recogimiento, sin que el mundo tenga que notarlas, sino de su modestia, de su circunspeccion, de su piedad. Fuera de esto observa las cosas siguientes.

Primera: visita con frecuencia á Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Pon toda tu confianza en este divino Salvador, y profesa una tierna y respetosa devocion á este adorable misterio. Segunda: la frecuente comunión con la disposicion debida asegura en cierta manera la salvacion, y alimenta al alma con

el pan de los fuertes. Porque, *¿que cosa mas buena, ni mas excelente tiene el Señor, dice el profeta Zacarias, sino el trigo de los escogidos? (Zach. 4.)* Tercera: la tierna y constante devocion con la Santísima Virgen siempre se ha considerado como señal visible de predestinacion; que aun por eso la llama el Damasceno, *prenda de la salvacion eterna.* Los que estuvieren en gracia de Maria, dice S. Buenaventura, serán reconocidos por los moradores del cielo como ciudadanos suyos, y los que estuvieren marcados con este sello, serán escritos en el libro de la vida (*Psalm. 10.*): *Qui adquirunt gratiam Mariæ, agnoscentur à civibus paradisi; et qui habuerit hunc characterem, adnotabitur in libro vitæ.* Reza todos los dias una Salve, para conseguir por la poderosa intercesion de la Virgen ser del corto número de los que se salvan.

DIA XXVI.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN NESTOR, obispo, en Perga, ciudad de Panfilia, el cual no cesando de hacer oracion dia y noche pidiendo á Dios por la conservacion del rebaño de Jesucristo, durante la persecucion de Decio fué preso; y confesando con fervor y libertad el nombre de Jesucristo, fué cruelmente atormentado en el caballete, por orden del presidente Polion; y por último afirmando que queria estar siempre unido con Cristo, clavado en una cruz, voló victorioso al cielo.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS PAPIAS, DIODORO, CONON Y CLAUDIANO, en la misma ciudad, los cuales fueron martirizados antes de S. Nestor.

LOS SANTOS MÁRTIRES FORTUNATO, FELIX, Y OTROS VEINTE Y SIETE, tambien lo fueron en el mismo dia.

SAN ALEJANDRO, obispo, en Alejandria, anciano glorioso, el cual gobernando aquella iglesia despues de S. Pedro obispo, echó de ella á Arrio, su presbitero, contaminado con la herética impiedad, y vencido por la verdad divina: y despues lo condenó siendo otro de los trescientos y diez y ocho Padres del concilio Niceno. (*Véase su vida en la del siguiente dia 27 de febrero.*)

SAN FAUSTINIANO, obispo, en Bolonia, que con la eficacia de su predicacion confirmó y corroboró aquella Iglesia oprimida con la persecucion de Diocleciano.

SAN PORFIRIO, obispo, en Gaza de Palestina, el cual en tiempo del emperador Arcadio destruyó el idolo Marna y su templo; y despues de muchos trabajos, murió en el Señor.

SAN ANDRES, obispo y confesor, en Florencia.

SAN VICTOR, confesor, en territorio de Arcies, cuyas alabanzas escribió S. Bernardo.

FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE DE MÉJICO.

EL papa Benedicto XIV, en el año 1757 extendió á toda nuestra península el oficio propio y la misa de nuestra Señora con el título de GUADALUPE DE MÉJICO, que desde 1754 estaba concedido para esta festividad al reino de Nueva España. Y porque en alguna de nuestras diócesis se hace en este mes de febrero y en tal día la dicha fiesta, se advierte que su noticia se deja para el día 12 de diciembre en que la celebra la santa Iglesia de Méjico.

SAN CESAREO, ARZOBISPO DE ARLÉS.

SAN Cesareo, una de las mayores lumbreras de la Iglesia galicana, nació el año de 469 en el territorio de Chalons, á las márgenes del rio Saona, de padres distinguidos por su antigua nobleza, pero mucho mas por su ejemplar piedad. Tomó el gusto á las cosas de Dios desde su niñez. Aun no tenia siete años, y ya se enternecia á vista de un crucifijo ó de cualquiera imagen devota. Volvió un día á casa medio desnudo, y sus piadosos padres quedaron gustosamente sorprendidos, cuando entendieron que habia dado parte de sus vestidos á un necesitado. Creciendo su virtud con el amor de Dios, sin dar noticia á sus padres, se fué á buscar al obispo de Chalons, y le suplicó que le cortase el cabello, y que con la tonsura le concediese el hábito clerical. Estaba ya muy informado el obispo de la virtud del santo niño, y no solo le concedió todo lo que le pedia, sino que tambien le agregó al clero de su Iglesia, á pesar de las oposiciones de su familia.

Pero deseoso todavia de vida mas perfecta, y distante de la vista de sus padres, tomó la resolucion de hacerse religioso en el célebre monasterio de Lerins, sito en la Provenza. No pudo emprender su fuga con tanto secreto, que su madre no la llegase á entender. Despachó al punto algunos criados tras de él, pero nunca le pudieron alcanzar. Tambien se asegura que el demonio hizo cuanto pudo para estorbar sus santos intentos. Fuele siguiendo por mas de una legua un endemoniado, gritando con todas sus fuerzas: *Cesareo, no pases adelante: detente, Cesareo.* Fatigado el virtuoso mancebo de aquellos importunos gritos se paró; hizo la señal de la cruz en una taza que llevaba, habiéndola llenado de agua, dióselo á beber al poseído, y al punto quedó libre de tan enfadoso huésped

Llegado á Lerins le dió el hábito de monge S. Porcario, abad del monasterio. En breve tiempo se hizo admirar de todos los religiosos el fervor, la devocion, y la modestia del jóven novicio. Profesó, y en viéndose ligado á la religion con los sagrados votos, soltó las riendas á su fervor. Parecia haber nacido sin pasiones, y en fuerza de su continua mortificacion perdió el uso de los sentidos. Era perpetuo y riguroso su ayuno, gastaba en oracion y en leccion el tiempo dedicado al descanso; por su apacibilidad, por su compostura, y por su intima union con Dios, no era conocido por otro nombre que por el del *Angel del monasterio*. Arruinaron su salud los rigores de su penitencia, juntos á la delicadeza de su complexion. Hizo su santo abad cuanto pudo para que la recobrase; pero viendo que nada aprovechaban los remedios, ni su paternal cuidado, juzgó que le haria mas provecho la mudanza de aires. Envióle á la ciudad de Arlés á casa de un ciudadano muy conocido en ella, que se llamaba Fermin, quien con su mujer Gregoria se ejercitaba en obras de caridad con los pobres y con los religiosos enfermos. Enamorado Fermin de la extraordinaria virtud de Cesareo, le trató como á hijo suyo, cuidó de su salud con cariñoso desvelo, logró reparársela del todo, y pareciéndole que le hacia doble beneficio; le puso bajo la disciplina de Pomerio, célebre retórico, para que le perfeccionase en la elocuencia, y en las letras humanas. Pedia Dios á Cesareo otro estudio mas serio, y mas conforme á los designios de su divina Providencia. Así se lo manifestó en una vision, y desde entonces únicamente se dedicó al de la religion, y de la sagrada Escritura.

Visitando un dia Fermin al obispo Eona, le dijo en la conversacion, que tenia hospedado en su casa á un monge de Lerins, mozo de un mérito nada vulgar. Llamóle el prelado, hizole varias preguntas acerca de su país y de su familia; reconoció por ellas que era su pariente, y con beneplácito de su abad, le detuvo en su palacio, y le incorporó en la clerecía de Arlés. Confióle luego los sagrados órdenes, y poco despues le ordenó de presbítero. La nueva dignidad le hizo mas humilde y mas mortificado. Acordándose que era religioso, quiso parecer siempre lo que era. Nunca mudó su modo de vivir. Siempre el primero á los divinos oficios, siempre mas penitente, mas caritativo y mas devoto, era para él el palacio episcopal lo mismo que el monasterio. Habia fundado uno S. Honorato en el arrabal de la ciudad, y situándole en una isleta que formaba el Ródano, llamada la Camarga. Hizole abad el obispo, y el Santo le gobernó tres años con tanto celo, con tanta prudencia, y con tanto

acuerdo, que habiendo caído malo el obispo de la enfermedad de que murió, deseó mucho no tener otro sucesor que á Cesareo. Muerto el prelado, fué electo Cesareo para sucederle por unánime consentimiento. A todos agradó la elección menos á él: resistióse, huyó, escondióse; pero todo fué en vano: era menester rendirse á un llamamiento de Dios tan descubierto.

Luego que Cesareo fué elevado á la silla episcopal, reconocieron todos que tenían en él un perfecto sucesor de los Apóstoles. Correspondió su celo á su eminente virtud y á su celo el fruto de sus trabajos. Predicaba regularmente dos veces al día, por la mañana y por la tarde, y siempre con eficacia y con maravillosa mocion. Parecía que registraba lo mas interior de los corazones, segun las vivisimas pinturas que hacia de las costumbres y de los desórdenes de su tiempo. Tenia singular talento para descubrir, y para curar las enfermedades del alma. Su caridad con los pobres jamás le permitia dejar á alguno sin socorrerle: solia decir que las rentas del obispo eran la pensión que la Iglesia tenia consignada para alimentos de los necesitados. Ningun pastor escedió á nuestro Santo en el cuidado de su rebaño. En toda su diócesis no hubo aldea, choza, ni cabaña que no viese todos los años á su obispo, ni persona alguna que se escondiese á su vigilancia pastoral. Si manifestó su celo en reformar los abusos y desarraigar los vicios, y en restablecer la disciplina, no resplandeció menos en conservar entre sus ovejas la pureza de la fe. Combatió principalmente la herejía de los arrianos que profesaban los Godos, dueños á la sazón de la provincia. No esplicó menos su celo en atacar á los pelagianos, y especialmente á los semi-pelagianos, cuyo número era el mayor. Ni su caridad se estrechaba á los límites de su diócesis. Enviaba á los reinos comarcanos muchas copias ó traslados de sermones que supliesen la falta de predicadores, y facilitasen la sana instruccion de los fieles. Tambien se aplicó á arreglar el oficio y culto divino, y á desterrar de los templos las conversaciones inútiles, las posturas indecentes, los trajes y modales desenvueltos; y en fin, todo lo que olia á profanidad. En medio de tantos trabajos, jamás se dispensó en alguna de sus acostumbradas penitencias; y causaba admiracion como podia hacer tantas limosnas con rentas tan moderadas. Fundó hospitales así para los enfermos, como para los peregrinos ó forasteros, y tambien fundó algunos monasterios.

Siendo nuestro Santo tan agradable á Dios, no le podian faltar tribulaciones. Hallóse espuesta su paciencia á tristes y prolongadas pruebas. Reinaba á la sazón en España Alarico II, rey

de los Visigodos, y se estendian sus estados á la Aquitania y á la Galia Narbonense, que comprendia el Lenguaoc y gran parte de la Provenza. Aunque era arriano el monarca, permitia á los obispos católicos que se juntasen para la conservacion de la fe, y para atender á la disciplina eclesiástica. Convocóse un concilio en la ciudad de Agda el año de 506. Presidió en él S. Cesareo, á quien los obispos respetaban como á su maestro por su doctrina y por su virtud. Halláronse en este concilio treinta y cinco obispos, que hicieron setenta y un cánones de mucha importancia para la disciplina. Ordenaba el décimo octavo, que todos los fieles comulgasen tres veces al año, por Pascua, por Pentecostes y por Navidad, añadiendo que los que faltasen á esto no serian tenidos por católicos. Era S. Cesareo rígido celador, y muy observante de los sagrados cánones, por lo que los hacia observar á todos con su acostumbrada exactitud. Desagrado á muchos este celo; formaron contra el Santo una especie de conjuracion, y no perdonaron medio alguno para desacreditarle, y para perderle con Alarico, forjando contra él mil calumnias. Estaba á la frente de los malcontentos Liciniano, notario de su Iglesia, y acusó al Santo de que favorecia secretamente á los Borgoñones. Movido de esta falsa acusacion, echó el rey á Cesareo de su Iglesia, y le desterró á Burdeos. Sufrió el Santo con heroica paciencia las incomodidades de su destierro. Conocieron los de Burdeos su inocencia, luego que fueron testigos de su santidad. Prendióse fuego en la ciudad, y no se halló otro medio para atajar el incendio, que recurrir á las oraciones del Santo. Apenas se puso en oracion á vista de las llamas, cuando éstas se apagaron. Informado Alarico del milagro y de la ejemplar paciencia con que llevaba su destierro, le restituyó á su Iglesia. Fué recibido en ella con públicas demostraciones de alegría, pero no duró mucho la calma. Derrotado Alarico por Clodoveo en los llanos de Poitou, perdió con la corona la vida.

Sucedióle Teodorico, rey de los Ostrogodos en Italia, y luego se halló con los Franceses y con los Borgoñones entre los brazos, sitiando unos y otros la ciudad de Arlés. Pasóse al campo de los sitiadores un eclesiástico mozo, pariente de S. Cesareo, y de aquí se tomó pretesto para una nueva calumnia. Los arrianos y los judíos que formaban el partido mas poderoso, y eran enemigos de la religion de nuestro Santo, le acusaron á los ministros del rey de que tenia inteligencia con los Franceses y los Borgoñones, y trataba entregarlos la ciudad. Bastó esto para suponerle reo; echaron mano de él; encerráronle en una horrosa prision, y ya se trataba de arrojarle al Ródano, cuando

dichosamente se interceptó una carta de cierto judío, que prometía á los sitiadores hacerles dueños de una puerta de la ciudad, como libertasen del saqueo á todos los de su nacion. Conocióse por esta casualidad la inocencia del Santo. Sacáronle del calabozo, pusieronle en libertad, y solo se aprovechó de ella para asistir á una multitud de personas desamparadas, que se refugiaron á la ciudad despues de levantado el sitio. Viendo san Cesareo que se las dejaba perecer de hambre y de miseria, despues de haber vendido todo cuanto tenia para socorrerlas, hizo fundir los vasos sagrados de oro y plata que servian al altar para pagar el rescate de los prisioneros, y para sustentar á los que estaban en peligro de morir de necesidad.

Esta generosa caridad, admirada de todos los buenos, irritó el corazon de los envidiosos que no podian sufrir su virtud, y dió pretexto á otra nueva calumnia. Díósele á entender á Teodorico, que Cesareo habia destruido y puesto pobre á su Iglesia por enriquecer á los Franceses y á los Borgoñones, y que fomentaba siempre en los pueblos cierto espíritu de sedicion. Mandóle el rey comparecer en Italia para responder á los cargos que se le hacian. Obedeció el Santo; pasó á Ravena, y presentóse al rey con aquella serenidad de semblante, y con aquel sosiego de corazon que inspira la buena conciencia. Bastó su presencia para disipar las impresiones del monarca. Luego que le vió, se sintió penetrado de la mayor veneracion y respeto al santo obispo: no le permitió hablar ni una sola palabra en punto á su justificacion, colmóle de honores, hizole ricos presentes que admitió Cesareo, pero el mismo dia los empleó todos en rescatar á cuantos prisioneros de su diócesi se hallaban en Italia. No pudo menos de admirar, y de publicar el mismo rey una caridad tan asombrosa. Noticioso el papa Simaco de que S. Cesareo estaba en Ravena, le quiso ver. Fué recibido del pontífice, del clero y de los senadores de Roma, con aquellos honores que solo se tributan á la virtud, y á un mérito extraordinario. Su presencia aumentó su reputacion. Concedióle su Santidad el palio, y permitió que los diáconos de su Iglesia llevasen dalmáticas, como los de la Iglesia de Roma.

Restituido á ella S. Cesareo, gozó de la paz y de la calma que le habia merecido su eminente virtud. Reedificó el monasterio que habia comenzado, y habian destruido los arrianos con el pretexto del sitio, dedicándole á la Santísima Virgen, á quien profesó toda la vida muy singular devocion; es aquel célebre monasterio que se llama hoy la abadía de S. Cesareo. Puso en él una comunidad de religiosas, haciendo venir para gobernarla

á su hermana Sta Cesarea, que vivia con gran fama de santidad en un monasterio que el famoso abad Casiano habia fundado cerca de Marsella. Compúsolas una regla, en que se descubre sensiblemente el espíritu del Señor, y es un compendio de la perfeccion cristiana. Observóse exactamente en el monasterio, hasta que se introdujo en él la regla de S. Benito. Tambien dispuso el Santo otra regla para los monges, que fué recibida en muchos monasterios.

No fueron ellas solas las obras que escribió este gran Santo. En la coleccion de las de los Padres se hallan muchas homilias suyas, y los sabios se duelen con razon de la gran pérdida que hizo la posteridad eclesiástica en el tratado *de la gracia y del libre albedrio*, que compuso contra Fausto Riez. Siendo ya san Cesareo el oráculo de toda la Francia por su sabiduría, y por su santidad, celebró un concilio en Arlés, donde se hicieron muchos útiles reglamentos. Convocó otro en Carpentras que presidió él mismo, y hallándose dos años despues en Orange, en compañía de muchos obispos, con ocasion de la dedicacion de la iglesia, fundada por el patricio Liberio, se celebró en la misma ciudad aquel famoso concilio, cuyos veinte y cinco cánones sobre la predestinacion y la gracia, fueron desde luego aprobados por el papa Bonifacio II en una Epístola que dirigió á S. Cesareo, como presidente que habia sido del concilio, y despues fueron adoptados por los concilios generales. Igualmente presidió en el concilio de Baison, y poco despues en el de Riez, en que fué depuesto el obispo contumelioso por su escandalosa vida. Pronunciada la sentencia del concilio, escribió nuestro Santo al papa Juan II, que la aprobó y confirmó cuanto habia hecho contra aquel indigno prelado, que fué desterrado á un monasterio por el resto de su vida.

Restituido S. Cesareo á su Iglesia, conoció que Dios queria premiar sus trabajos, y que estaba cercana su muerte. No hubo dias mas llenos que los suyos. Cayó malo hácia la mitad de agosto, y todos sus pensamientos se volvieron á los gozos celestiales, de que ya le daba el Señor á gustar algunos como destellos, en medió de los agudos dolores que padecia. En fin, despues de haber recibido los sacramentos de la Iglesia con el mayor fervor, lleno de dias y de merecimientos, entregó dulcemente su espíritu en manos de su Criador el dia 27 de agosto del año 542, á los setenta y cuatro de su edad, venerándole despues todos los siglos como el verdadero modelo de un perfecto obispo. Diéronle sepultura, como lo habia deseado, en el monasterio de las religiosas que habia fundado él mismo, y

que hoy tiene su nombre, aunque la iglesia, como ya se dijo, estaba dedicada á la Santísima Virgen.

La Misa es en honor del Santo, y la oracion la que se sigue:

Concedenos, ó Dios todo poderoso, que en esta venerable solemnidad de tu bienaventurado confesor y pontífice S. Ce-

sareo, crezca en nosotros el espíritu de la devocion, y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 4 de la primera del apóstol S. Pablo á los Corinthios.

Hermanos, portémonos de forma que nos estimen los hombres como ministros de Cristo, y dispensadores de los misterios de Dios. Ya parece que se disputa entre los que ejercen este cargo quien se encontrará fiel *cumplidor*. Por lo que á

mí me toca, me importa muy poco ser juzgado por vosotros y por cualesquiera de los hombres, pues ni yo me juzgo á mí mismo. Aunque nada me acusa, no por esto me creo justificado, puesto que es el Señor quien me juzga.

REFLEXIONES.

Consideremos los hombres como ministros de Jesucristo: es decir, un título tan glorioso debe acordar á los fieles el respeto y la sumision que han de profesar á los ministros del Señor; pero tampoco éstos se han de olvidar de la humildad, de la bondad y del desinterés con que deben servir á los fieles, ni mucho menos de lo pura, ejemplar é irreprochable que debe ser la vida de los ministros del Salvador; de la fidelidad y de la pureza de manos con que deben dispensar los sagrados misterios: ellos son los que manejan los intereses de Dios y de los hombres, uniendo los derechos de su misericordia y de su amor. No hay empleo mas santo, no hay estado mas respetable, porque tampoco le hay mas sagrado ni mas sublime. ¿Qué virtud, qué santidad pide en los que le poseen! Son los dispensadores de la sangre de todo un Dios: temamos profanarla, dispensándola á los pecadores impenitentes; pero siendo la sangre de un Dios que murió por los pecadores, temamos tambien cerrar esta fuente de salud á los que se quieren lavar en ella. Las personas consagradas al santo ministerio son como unos ecónomos, cuya primera virtud debe ser la fidelidad. Fidelidad á Jesucristo

para buscar únicamente sus intereses: fidelidad á la Iglesia para trabajar con celo, y con rendimiento bajo sus reglas y sus órdenes: fidelidad á los pobres para administrar con economia su patrimonio: fidelidad á todos los fieles para instruirlos y para edificarlos. Faltar á la fidelidad de Jesucristo es sacrilega prevaricacion; faltar á la de la Iglesia es sediciosa impiedad; faltar á la de los pobres es notoria injusticia; faltar á la de los fieles es una especie de irreligion que siempre castiga Dios severamente. Apelo, Señor, á vuestro tribunal, esclama S. Pablo, de los errados juicios de los hombres. A presencia de todo el universo reformareis aquellas injustas sentencias que la maledicencia, y la malignidad pronunciaron contra vuestros siervos. ¿Qué razon mas poderosa para movernos á despreciar los juicios de los hombres, y para no mezclarnos nosotros en juzgar á los demás? A poca reflexion que hagamos sobre la ligereza, y la inconstancia de los juicios que muchas veces hemos hecho de los otros, y sobre los intereses y las pasiones que nos incitaron á formarlos, nos será muy fácil despreciar los juicios que los demás hacen de nosotros. Todo un apóstol S. Pablo, á quien de nada le remordia la conciencia, ni por eso se cree justificado; ¿pues en qué fundamos nosotros nuestra seguridad? Esta engañosa seguridad precisamente ha de ser calma aparente, y efecto de una falsa conciencia.

El Evangelio es del capitulo 24 de S. Mateo.

En tiempo que Jesucristo prevenia á sus discípulos el cuidado y vigilancia sobre el cumplimiento de sus preceptos, les dijo: Velad, pues, porque ignorais la hora en que vuestro Señor ha de venir. Tened entendido, que si el padre de familias supiera la hora en que el ladron habia de venir, velaria sin duda, y no dejaria escalar su casa; y así estad vosotros dispuestos, porque igno-

rais la hora en que el Hijo del hombre ha de venir. ¿Quién os parece es el siervo fiel y prudente á quien su señor comete el cuidado de su familia para que les dé alimento en tiempo oportuno? Aquel es el siervo bienaventurado, á quien cuando viniere su señor le hallará obrando de este modo. En verdad os aseguro: que le encomendará el gobierno de todos sus bienes.

MEDITACION.

De las virtudes aparentes.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no hay cosa mas comun en el mundo que la apariencia de la virtud. Aquella estimacion que inspira la misma razon natural á todo hombre por la rectitud, por la bondad, por la habitualidad del alma en obrar bien, en seguir lo que ordena la religion, y lo que dicta la recta razon, junta con aquella pasion que tiene un alma naturalmente orgullosa á sobresalir, á distinguirse, á lograr todo lo que granjea honor, y aplauso, son el verdadero origen de la hipocresia; es decir, de aquel artificio que se afecta en materia de virtud y de devocion. ¿Cuántas hipocresias se imaginan lícitas para ocultar uno lo que es, y para fingirse lo que no es, sobre todo cuando se cree necesaria la buena reputacion para el bien del público? Es la hipocresia un vasallaje que el vicio tributa á la virtud. El orgullo es el verdadero padre de todas las virtudes falsas; pero el amor propio tampoco tiene la menor parte en su nacimiento. Enamoran, encantan los privilegios de la virtud verdadera; su resplandor halaga los ojos, y el honor que la acompaña irrita, por decirlo así, el apetito de una alma naturalmente orgullosa; pero como la verdadera virtud pide necesariamente muchas violencias, muchos sacrificios que son indispensables para ser verdaderamente virtuoso, el amor propio, que no gusta de esta violencia, solo se aplica á las violencias de la virtud, que engañan con esterioridades especiosas: esta mentirosa máscara contenta el orgullo, sin turbar las pasiones, ni inquietar el amor propio. Aféctase una dulzura superficial, una modestia bien figurada, una humildad que nunca pasa de las palabras; ni de aquel airecillo de encogimiento que quiere representarla; hácese todas las buenas obras que meten ruido, y se asiste con puntualidad á todas las devociones de moda. La disimulacion es arte; con que un poco de habilidad, y otro poco de aplicacion bastan para aprenderle. A la verdad el papel de devoto bien representado engaña, y ciertamente es cosa muy fácil dejarse engañar de él; pero ¿qué adelantarán esos enmascarados? La comedia no dura mucho tiempo; y la máscara se cae ó se desgasta, y allá en el fondo de la conciencia se conoce muy bien que no hay cosa mas despreciable que querer un hombre figurar lo que no es. Sin embargo no hay el día de hoy cosa mas común que esa impía mojiganga. No ha habido hereje que

no haya estudiado, que no haya afectado engañar con su esterior; ninguno que no haya remedado al hombre devoto, al hombre mortificado, al hombre modesto. ¡Buen Dios! Esta generalidad de virtudes falsas prueba evidentemente la necesidad de un juicio universal.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que las virtudes aparentes se encuentran principalmente en tres clases de personas; en los hipócritas, en los que el mundo llama hombres de juicio, y en la gente moza. En los hipócritas por malicia; en los llamados hombres de juicio por ignorancia; y en la gente moza por flaqueza de la edad. Los hipócritas, como embusteros afectan la apariencia de la virtud para recoger el fruto, que es la estimacion, y el aplauso, pero sin hacer los gastos. No pueden tener virtud que no sea falsa, puesto que la virtud está fundada en la verdad, la cual nace de un corazón íntimamente persuadido al bien sólido, con sincero deseo de conseguirle. Faltando en los hipócritas este sincero deseo, solo tienen la apariencia de buenos; pero su interior es falso, y mentiroso: no buscan directamente el meollo del bien, sino la corteza, y por eso toda su afectada virtud está en la superficie. Con todo eso logran lo que pretenden, que es el concepto, la estimacion, y el aplauso de los hombres; porque los hombres solo juzgan por las apariencias, no pudiendo penetrar el fondo del corazón. Las virtudes de los filósofos antiguos eran falsas: fuera del cristianismo, y de la verdadera religion, no puede haber verdadera virtud. Tales son aun entre los cristianos las virtudes de muchos que se llaman hombres de juicio, ó hombres de bien: poco cimentados en la fe, y en la devocion, solo poseen unas virtudes morales, y naturales que no son incompatibles con el vicio, y aun con la impiedad. Son reputados por virtuosos, porque tienen cierta especie de moderacion, de rectitud y de justicia; pero es falsa su virtud, porque el alma de las virtudes es la fe, y por otra parte les falta la devocion. ¿Qué importa que sean moderados, y justos, si desprecian la humildad, la caridad, y la paciencia, sin las cuales es imposible ser verdaderamente virtuosos, por cuanto todas las virtudes tienen entre sí cierta esencial conexion? Los mozos fácilmente dan tambien en este escollo: deslumbrados de una falsa brillantez, faltos de esperiencia, y con la razon poco ilustrada, frecuentemente equivocan con la virtud la apariencia de ella. Obsérvase esto en muchos novicios, que entregados al servicio de Dios por un poderoso impulso de la gracia, dan en escesos de que muy presto se cansan. La ver-

dadera virtud tiene un carácter que no se puede contrahacer : es verdaderamente humilde, mansa, caritativa, mortificada, exacta y puntual en observar hasta las mas mínimas obligaciones del estado : de una conciencia delicada, de un corazon recto, blando y benéfico, y de una devocion afectuosa y tierna ¡Mi Dios! ¡qué poca verdadera virtud se halla en el mundo!

Pero, Señor, aunque se hallára mucha menos, espero con el favor de vuestra divina gracia, y por la intercesion de vuestra Santísima Madre, en quien despues de vos coloco toda mi confianza, que de hoy en adelante he de tener una verdadera virtud.

JACULATORIAS.—Dirigidme, Señor, por el verdadero camino de vuestra santísima ley, y enseñadme á practicar la verdadera virtud. (*Psalm. 14.*)

Dadme, mi Dios, un corazon puro y limpio, acompañado de aquella recta intencion, sin la cual no hay verdadera virtud. (*Psalm. 50.*)

PROPOSITOS.

1 Distinguese la verdadera virtud cristiana de la falsa por el principio de donde dimana, que es Dios y la gracia, siendo ésta la que comunica su estimacion, y su valor. Distinguese por el motivo que la escita, que siempre es sobrenatural, y de él se deriva el esplendor que la acompaña. Distinguese por el fin á que se dirige, que es puramente para agradar á Dios, y adelantar el negocio de la salvacion. El verdadero modelo de todas las verdaderas virtudes fué Jesucristo, y los Santos fueron fieles copias suyas. Nunca pierdas de vista estos grandes modelos. Si quieres conocer si tu virtud es verdadera, examina cual es su principio, cual su motivo, y cual su fin. Desconfia de toda obra exterior por loable que parezca, si no está animada de la caridad, que es el alma de todas : sin ella todo es esterioridad, apariencia, y superficie de virtud. Aplícate á agradar á Dios en todo cuanto emprendes, procurando, á imitacion de Jesucristo, y de los Santos, que su mayor gloria, y la salvacion de tu alma sean el único motivo, y fin de todas tus acciones.

2 Aunque no se posean desde luego todas las virtudes, no es posible tener una sin que esté acompañada de un verdadero deseo de adquirir todas las demás. Si eres verdaderamente devoto, te abrasarás en vivas ansias de ser humilde, caritativo, mortificado y paciente. Si eres verdaderamente humilde, con nin-

guno te podrás mostrar duro, quisquilloso, y desabrido: guardarás bien de manifestarte impaciente, poco sufrido y colérico. Haces limosnas, rezas mucho, asistes á todos los ejercicios de devocion, á todas las obras de misericordia: cosa muy loable; pero eres murmurador, vengativo, suspicaz, desconfiado; estás lleno de hiel; descuidas de las obligaciones de tu estado, de tus leyes, y de tus reglas; pues desconfia de tus virtudes aparentes; mucho es de temer que sean falsas. Examínalas bien con frecuencia, y ten por cierto que este ejercicio es de la mayor importancia.

DIA XXVII.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES ALEJANDRO, ABUNDIO, ANTIGONO, Y FORTUNATO, en Roma.

EL MARTIRIO DE SAN JULIAN, mártir, en Alejandria, el cual padeció tanto de gota, que no podía andar ni estar en pié. Habiendo sido presentado ante el juez juntamente con dos criados que lo llevaban en una silla, uno de ellos negó la fe; mas el otro, llamado EUNO con Julian su señor perseveraron en la confesion de Jesucristo: y ambos puestos encima de camellos, fueron paseados por toda la ciudad, despedazándolos con crueles azotes; y finalmente á vista del pueblo en una grande hoguera fueron quemados.

SAN BESA, soldado, en el mismo sitio, el cual reprendiendo á unos que insultaban á los sobredichos mártires, fué acusado ante el juez de que era cristiano; y mostrándose constante en la fe, fué degollado.

SAN LEANDRO, en Sevilla de España, obispo de la misma ciudad, por cuya predicacion é industria, ayudando á ello el rey Recaredo, convirtió á la fe católica á los Godos, que estaban infestados de la herejia de Arrio. (Véase su vida en el dia 13 de marzo.)

LOS SANTOS CONFESORES BASILIO Y PROCOPIO, en Constantinopla, los cuales en tiempo del emperador Leon defendieron valerosamente el culto de las santas imágenes.

SAN BALDOMERO, en Leon de Francia, hombre de Dios, cuyo sepulcro es ilustre por los continuos milagros. (Véase su vida en las de este dia.)

SAN ALEJANDRO, OBISPO DE ALEJANDRÍA.

SAN Alejandro, uno de los celebérrimos obispos de Alejandria, esclarecido ornamento de la Iglesia universal, proclamado con innumerables elogios de los Padres, segun escribe S. Atanasio su discípulo, fué un varon magnífico, equitativo, liberal, amable y sumamente caritativo, tan observante del ayuno, que



S. ALEXANDRO O.